

*TÚ, MUJER, AVANZAS SOLA ENTRE LA NOCHE
APENAS CON UN PERRITO IMAGINARIO*

A mi desconocido amigo L. F. Celine

También tú te desplazas en la noche
también los carros dejan su largo pitido
al avanzar hacia la noche
haciendo vibrar el yunque que no oye.
También tú sientes frío y quizá sed
o hambre o deseo
también has desterrado el sol hacia los largos atardeceres
hacia el sudoroso día de las ventanas semiabiertas
hacia las tardes rojas, hacia el día agotado y triste,
hacia el cansancio, hacia dejar que todo acabe o pase
o se condene.

También tú te despiertas a la noche.
Quizá no sepa dónde estás ahora
ni el sitio exacto, ni la última huella
ni la última almohada de amor
ni el amante, ni el amor ya amado.
Quizá ahora solo piense en tu juventud pública
en tu seno joven y generoso
en los placeres que ofreces y que cobras
en tu disfrazada máscara de ingenua.
Ahora tan lejos de los planos que ocuparon tu silueta
tan ausente de tu cuerpo, tan ajeno de tus movimientos
de águila vigorosa.
Solo recuerdo la manera como te desvestiste
las pícaras miradas que preludiaban una lucha a orgasmo
la delicada máquina de senos agresivos
la acompasada colina de caricias
las vibrantes-dentro-de-un-momento-nalgas.
Nalgas,
ondeantes mujeres independientes
que anuncian la curvatura de abrazos
la vigorosidad del apretón cuidadosamente calculado
la nerviosa exploración de manos ávidas
de manos enredadas de cabello
de manos que organizan dedos, nucas, dedos.
Así te veía yo desde el lecho
así te desvestías
así imaginaba mundos compactos y elásticos
así se estructuraba tu lubricidad pura
así se elevaba la mía, pensada,
imaginada en ferias, en tióvivos, en lagos,
en cascadas y montañas rusas.

Tú llegaste de afuera, como entrando por la ventana
y de pronto mis brazos fueron aspas de molino

fueron otoño y estío coagulados,
sincronizados en movimientos firmes
fueron navegante solitario y barca india
y avance y paletada y remos.
Tú descendías hacia los volcanes
hacia las sinuosidades de los estratos blandos
hacia la arena amarilla, ondulante o rastrillada
hacia las playas blancas de sal
hacia los crepúsculos de las casas árabes
y había entre los dos olas y espumas suaves
y gaviotas de largos cuellos
y nubes acolchonadas y soles tibios
ráfagas de aire denso acariciaban las jorobas de las dunas
y de tus volcanes y de tus estratos
y de mis aspas y de mis remos
subían aromas de sulfuro
de bosques mojados, de caballos desaforados
y sudorosos.

El trineo de huesos blancos y blancos renos
bajaba sobre la deslizante nieve
y la travesía se hizo más estable, más armoniosa
más logrado el paisaje, menos tensas las riendas
y pude ver tu cara, tu cabello negro
tus negras ondas sobre los blancos pliegues
y tus dientes que apretaban suavemente
labios escondidos y sensuales
tus ojos entrecerrados, mirando el amor horizontalmente
desvaneciéndose en cada ondulación
acariciando y volviendo a acariciar sedas y gasas
bailando lenta y suavemente el ritual de la enajenación,
de inmigración al tiempo.
Fuiste feroz y abrupto abismo.
Cuando los soles se pusieron rojos
cuando el tiovivo dio vida a sus caballos
cuando el huracán movió las aspas
cuando la feria ensordeció su estruendo de parlantes de feria
en el momento del avance, la paletada y los remos frenéticos
en el momento de los artificios de colores
y los monumentos negros contra el firmamento blanco
en el momento en que se hunden los estratos
brillan las blancas playas fosforescentes
y apresuran las olas el sacrificio de la gaviota ahogada
que en vano trata de sacar su largo cuello.
Allí donde el sulfuro es más denso
allí donde los bosques desentierren el abono
y la sal
de millones de caballos desbocados.
De pronto la noche descendió hasta la tinta del pulpo.
Y las sábanas corrieron desbandadas
llegaron hasta el lecho del río
quedaron flotantes y estiradas como muertos egipcios.

Una sirena de una fábrica.
 Un azul grito de muchedumbres y cortinas.
 Una ventana rota por donde se cuele el frío
 como oxígeno líquido o éter trasnochado.
 Una lámpara inútil.
 Dos respiraciones calmas.

JESUS SOTO